

MARIANO. (Fingiéndole la voz de D. Restituto.) ¡El amante de Lolita!.. Ella me dió este cámafeo. — (La voz de D. Bernabé.) Bernabé Romboide y Claramonte, doctor en ambos derechos, jurisperito acreditado, con estudio abierto.

TECLA. (Riendo.) ¡Es posible!..

HILARIÓN. ¡Y también el chalán!..

MARIANO. (Voz de D. Pablo.) Á mí me llaman Pablo, para servir á ustedes.

HILARIÓN. ¿Y la vieja?

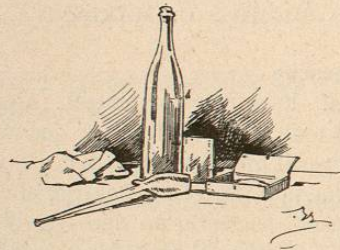
MARIANO. (Volviendo la caja, con la voz de la vieja.) D. Hilarión, tome usted un polvo.

(En su voz natural.) He concluído mi papel: he contribuído á la felicidad de Luis.

Y pido á ustedes su permiso para marchar.

HILARIÓN. No, señor; hoy come usted con nosotros. Y la primera noche que salga usted al teatro en Madrid, le ofrezco ir con mi familia á aplaudirle.

MARIANO. ¡Ay!.. (Mirando al público con temor.) ¡Dios quiera que esté por aquí la familia de D. Hilarión!



EL TESTAMENTO

DRAMA EN UN ACTO, TRADUCIDO DEL FRANCÉS

PERSONAS

ENRIQUE LARRÓS. — ROBERTO, su hermano. — GERVASIO, notario. — ISIDORO DURAND.
ESTELA, hija de Gervasio. — PARIENTES Y AMIGOS DE GERVASIO

(La escena es en un pueblo cerca de Honfleur)

ACTO ÚNICO

El teatro figura los términos de un pueblo cercano al mar. A la izquierda del actor la casa de Gervasio: delante de ella un banco de césped y una mesa. A derecha la casa de Enrique. En el fondo se ve el mar.

ESCENA PRIMERA

GERVASIO, ISIDORO

ISIDORO. Vamos, Sr. Gervasio, sin rodeos, ¿casa usted á la señorita Estela, su hija?
¿Sí ó no? Ya tiene veinticuatro años cumplidos, y me parece que es tiempo...

GERVASIO. Y tanto como que hoy mismo firmamos el contrato.

ISIDORO. Bravísimo. ¿Y usted mismo será quien lo extienda, como notario del pueblo? Pues, cuidado. Reflexionarlo bien: no vaya usted á cometer alguna torpeza; porque las torpezas de un notario traen mucha reata... y después de extendidas se acabó.

GERVASIO. Si se hubieran de extender las tuyas...

ISIDORO. Se gastaría mucho papel sellado, ¿no es verdad? Pero dígame usted. ¿Y cuál es el mozo del pueblo que elige usted por yerno?

GERVASIO. ¿Y á ti qué te importa?

ISIDORO. Me importa, porque es plaza á que quiero yo hacer oposición.

GERVASIO. ¡Tú!

ISIDORO. ¿Y por qué no? En las cercanías de un puerto de mar, como es el pueblo en que habitamos, los maridos es un género escaso; los mozos se van de grumetes ó de marineros. Yo no: siempre arrendador, como mi padre, yo tengo bienes, soy buen mozo..., ¿eh? Me parece que no es un mal partido. ¿Qué tal? Repare usted...

GERVASIO. Sí, tú eres un buen muchacho, lo sé. El Sr. Durand, tu padre, era un hombre de bien; y si viviese, tal vez se pensaría...; pero ya tengo otro elegido.

ISIDORO. ¿Y quién es?

GERVASIO. Bien puedo decírtelo, porque dentro de una hora lo sabrá todo el pueblo.

ISIDORO. Muchas gracias, Sr. Gervasio, por tan insigne confianza. Conque, vamos, ¿quién es el dichoso?

GERVASIO. El mejor mozo del pueblo, Enrique Larrós.

ISIDORO. ¡Calle! ¡Jesús! ¡Un manco! ¡Jesús! ¡Ave María! ¡Ha ido á escoger un manco para darle la mano de su hija! Y yo que tengo mis dos manos sanas y expeditas... A la vista está.

GERVASIO. ¡Qué dices! ¡Enrique Larrós manco!

ISIDORO. Manco, sí, señor. Hace ocho días que no puede servirse del brazo izquierdo, por eso lo lleva siempre metido en el seno. Y nadie sabe por qué incidente, porque en la guerra no ha sido, que siempre ha ido, como yo, por procurador..., por sustituto. Y además, linda familia la suya.

GERVASIO. ¡Cómo! ¿Te atreverás á decir mal de su padre? ¡Mi antiguo amigo, el Sr. Larrós, el hombre más honrado del país!

ISIDORO. El Sr. Larrós, es verdad. Era tan serio, tan gruñón: no hubo vez que me encontrase que no me saludase con un coscorrón; hombre, según todos decían, de virtudes patriarcales. ¿Pero y su hijo mayor, aquel que todos llamaban el calavera? ¿Qué tal? Quimerista eterno, siempre en la taberna, persiguiendo á todas las muchachas, apaleando á los novios. ., como que no podía uno enamorarse: por eso le pusieron *Roberto el diablo*, y después que desapareció ya sabéis las malas voces que corrieron acerca de él.

GERVASIO. Ya lo sé: pero Enrique no tiene la culpa de las faltas de su hermano; al contrario, las ha reparado en cuanto ha podido; y el cielo le ha dado la recompensa, haciéndole prosperar en el comercio y ser uno de los mejores fabricantes del país.

ISIDORO. Sí, con unos pobres telares de algodón...

GERVASIO. Con ellos ha ganado más de cincuenta mil francos.

ISIDORO. Ahí está el busilis, en los cincuenta mil francos; por eso lo prefiere usted.

GERVASIO. ¿Qué dices? Necio.

ISIDORO. Vaya usted con Dios... El interés... ¡Preferir un manco que tiene cincuenta mil francos á mí que tengo treinta mil y estoy completo! Y si no tengo más que treinta mil no es mía la culpa, sino de mi padre. Si no hubiera habido collones en mi familia...

GERVASIO. ¿Cómo collones?

ISIDORO. ¿Pues no se acuerda usted de aquel susto que le dieron á mi padre hace ocho años cuando venía de vender la hacienda? Un susto que nos costó muy caro. Pues señor, al anochecer, entrando en el bosque, vió un hombre embozado, se asustó, y sin más averiguación le tiró la cartera, y... pies para qué os quie-

ro, apretó á correr. Una cartera colorada, donde traía veinte mil francos, y de la cual no volvimos á tener noticias. Vea usted qué diversión. Yo la hubiera heredado, y á la hora de ésta sería tan rico como ese Sr. Enrique, que á decir verdad no sé...

GERVASIO. Vaya. Volvemos al tema.

ISIDORO. Ahí le tiene usted, yo me voy; pero piénselo usted bien, Sr. Gervasio: va usted á sacrificar á su hija.

GERVASIO. Bien está.

ISIDORO. Sr. Gervasio, va usted á sacrificar á la chica.

GERVASIO. Mejor, vete. (Vase Isidoro por la derecha.)

ESCENA II

GERVASIO, ENRIQUE

GERVASIO. Y bien, mi querido Enrique, ¿cómo te va?

ENRIQUE. Bien, Sr. Gervasio.

GERVASIO. ¿Qué tienes? Estás triste. Y en un día de boda...

ENRIQUE. No sin causa. Vea usted, Sr. Gervasio; yo me he visto en mil desgracias, he tenido penas muy grandes. En mi vida nada ha alterado mi tranquilidad; siempre he sabido triunfar de la mala suerte, porque el tiempo y una conciencia limpia suelen suplir á la filosofía, y acaban por consolarnos; pero en el día temo no poder hacerme superior.

GERVASIO. ¿Pues qué te ha sucedido? ¡Ah, ya estoy! ¿Alguna habilidad de Roberto, tu hermano mayor? ¿Habrá hecho ese calavera alguna de las tuyas?

ENRIQUE. No, señor; hace ocho años que nada sabemos de él, y temo que mi pobre hermano ya no exista. No, señor, es de Estela, su hija de usted, de quien quería hablar. Desde que la conozco la amo, y he hecho cuanto he podido por agradecerla.

GERVASIO. Y creo que lo has conseguido. Ella te tiene por el mozo más honrado del país: te distingue, te estima...

ENRIQUE. Sí, pero no me ama. Harto tiempo he querido hacerme tan dulce ilusión; pero ya estoy desengañado. Cuando uno siente en sí mismo tanta ternura, tanto amor, cuán fácilmente lo echa de menos en el objeto amado. Yo sería feliz dándole la mano. Pero ella...

GERVASIO. ¿Qué quieres decir?

ENRIQUE. Su felicidad antes de todo, Sr. Gervasio. Usted no es rico: yo he ganado en el comercio, y lo soy: tengo cincuenta mil francos, la mitad ganada por mi trabajo y la otra mitad como caída del cielo; pues bien, quiero desprenderme de ésta.

GERVASIO. Oyes, oyes, ¿qué dices? ¿Caída del cielo?

ENRIQUE. Sí, señor: esa es una historia que ya la sabrá usted.

GERVASIO. ¿Cómo es eso? Pues si hoy has de ser mi yerno, me parece que nunca más á tiempo...

ENRIQUE. Pues oiga usted. Por la época en que establecí mi fábrica, todas las desgracias me asaltaron juntas. Caí soldado, y me era preciso marchar ó poner un sustituto: mi padre me había ofrecido seis mil francos para establecerme, y con ellos contaba para pagar á mis obreros y atender á los primeros gastos. Envié á mi hermano Roberto á la quinta á cobrar esa suma, y ya sabe usted...

GERVASIO. Sí, sí: no fué mala imprudencia confiar tanto dinero á un calavera, á un jugador.

ENRIQUE. Si usted le hubiera conocido como yo, Sr. Gervasio, no le trataría con tanta severidad. ¡Pobre hermano mío! Me parece que le estoy viendo entrar en mi cuarto, pálido, desencajado. «Enrique, me dijo, he jugado, lo he perdido todo, soy un miserable, voy á deshonrar á mi familia: para salvaros sólo me queda un medio.» Y al decir estas palabras apoyó contra la sien una pistola, yo me arrojo á él, quiero arrancársela, resiste, en esta lucha sale el tiro, me hiere en el brazo, y me arroja en tierra sin sentido. El desgraciado creyó sin duda que me había muerto, porque desde entonces no le he vuelto á ver.

GERVASIO. Tanto mejor para vosotros y para todo el país.

ENRIQUE. Juzgue usted de mi situación. Herido por mi hermano, arruinado también por él, porque al día siguiente debía hacer los pagos, no sabía qué partido tomar, cuando me entregan en un paquete cerrado y dirigido á mí veinte billetes de á mil francos, con estas solas palabras: «Para el Sr. Enrique Larrós.»

GERVASIO. ¡Es posible!

ENRIQUE. Como usted lo oye. Yo creí que sería cosa de mi padre, y que lo habría vendido todo por socorrerme; pero él me aseguró formalmente que no, y ya sabe usted que la palabra de mi padre.. Voy al pueblo: me presento al alcalde: juzgue usted de mi sorpresa cuando le oigo decir que ya han pagado por mí un sustituto, y que hace quince días que marchó al ejército. En aquel momento me acordé de mi hermano. El solo era capaz de semejante acción.

GERVASIO. Es el mejor partido que podía haber tomado.

ENRIQUE. Me aproveché, pues, del dinero que me había enviado mi misterioso protector. Y el objeto de mis esfuerzos, el norte de todos mis trabajos era obtener la mano de su hija de usted. Yo procuraba enriquecerme para ella, no para mí. Pero si es cierto que no puede ser dichosa conmigo, si no me ama, si ama á otro, estoy decidido á alejarme de este país; pero antes partiré con ella mis riquezas.

GERVASIO. ¿Qué estás diciendo?

ENRIQUE. Le pertenecen tanto como á mí, pues por ella las he adquirido. Será feliz, y yo seré la causa: esto me basta. Aquí tiene usted, Sr. Gervasio, lo que quería decirle.

GERVASIO. ¿Y piensas que yo consentiré?.. Pero qué, amigo mío. Si estás en un error. Mi hija no ama á nadie sino á ti, estoy seguro; y si lo dudas... Mira, ahí viene: pregúntaselo tú mismo.

ENRIQUE. No, Sr. Gervasio; mejor es que sea usted. Yo me voy á casa, tengo que escribir al pueblo, porque ayer me amenazaban con cierta quiebra. Lo dejo á usted con Estela; por Dios, que se explique francamente. Y sobre todo, acuérdesse usted de que quiero debérselo todo á ella y nada á la autoridad de su padre.

ESCENA III

GERVASIO, ESTELA

GERVASIO. Si este muchacho no fuera mi yerno, me moriría de pena. Ven, hija mía, acércate y respóndeme francamente. ¿Qué es lo que tú piensas de Enrique?

ESTELA. ¿Por qué me hace usted esa pregunta?

GERVASIO. Yo tengo mis razones. Vamos, hija, habla: deseo saber cómo piensas de él.

ESTELA. ¿Cómo he de pensar sino muy bien? Es tan bueno, tan generoso; nos ha dado tantas pruebas de amistad...

GERVASIO. Conque, según eso, tú le amas.

ESTELA. Aquí todos lo quieren, y yo..., yo le conozco desde niña; porque, como vine á este pueblo mucho antes que usted á casa de mi tía, me crié con Enrique y con su hermano.

GERVASIO. Sí; su hermano..., no hablemos de él: no es ese seguramente el que honra la familia.

ESTELA. Es verdad que no; pero si no tiene las cualidades de Enrique, ¿de quién es la culpa? Ninguno de ustedes conocía su condición. Si se le hubiera tratado con bondad, si no se le hubiera juzgado incapaz de tener virtudes, él las hubiera tenido. Pero en lugar de esto todos se complacían en despreciarlo, en irritarlo: sin cesar le estaban diciendo: «Anda, tú no serás nunca más que un calavera.» Pues bien: él no quiso desmentir á ustedes, y lo fué por despecho.

GERVASIO. Sí, y por inclinación.

ESTELA. Ese es el error. Su hermano y yo supimos apreciar su índole, y yo estoy segura de que no ha hecho una mala acción que no haya procedido de una buena causa.

GERVASIO. Linda flor. Pues mejor quiero yo malas causas que produzcan buenas acciones.

ESTELA. Pero padre, usted apenas le conoce; porque cuando vino á establecerse aquí, ya él se había marchado; ¿por qué lo trata usted con tanta injusticia?

GERVASIO. ¡Con injusticia! Pues bien, á ti misma me atengo. ¿Cuál vale más de los dos hermanos?

ESTELA. Enrique.

GERVASIO. Si tuvieras que casarte con uno de los dos, ¿á cual elegirías?

ESTELA. Yo creo que una mujer sería más feliz con Enrique.

GERVASIO. Por supuesto, eso es hablar en razón. Pues has de saber que esta mañana ese pobre muchacho quería marcharse del país y dejarte sus bienes, porque creía que tú no le amabas.

ESTELA. ¡Que no le amo! ¡Y ha podido pensarlo! ¡Pobre Enrique! ¡Cuando no vive ni respira sino por mí, había yo de hacerle desgraciado! ¡Ah!, me horrorizaría á mí misma si fuese capaz de tanta ingratitud.

GERVASIO. Bien. Muy bien, hija mía. Lo mismo que tú estás diciendo le había yo respondido ya. Conque, ¿puedo decirle que le amas?

ESTELA. Sí, señor.

GERVASIO. ¿Y que consientes en casarte con él al instante?

ESTELA. ¿Qué dice usted?

GERVASIO. Que hoy mismo hemos de firmar el contrato. Qué, ¿dudas? ¿Rehusarás acaso?

ESTELA. No, no señor. Pero dígame usted á Enrique que quiero antes hablar un momento con él.

GERVASIO. ¿Y qué cosa?

ESTELA. Perdóne usted. A él solo puedo decírselo. Y después, si él lo exige, firmaré sin vacilar.

ESCENA IV

LOS PRECEDENTES, ISIDORO

ISIDORO. ¿Qué hacen ustedes aquí con esa pachorra, cuando todo el mundo está en la playa viendo la hermosa fragata que acaba de fondear en el puerto?

GERVASIO. ¿Qué nos importa la fragata?

ISIDORO. Vaya una respuesta.

GERVASIO. ¿Te interesa á ti?

ISIDORO. ¿A mí? Maldito. Pero cuando veo á los demás correr y mirar, yo también corro y miro: así es como se hacen los gentíos; si no, no los habría.

GERVASIO. Adiós, hasta luego. Oyes, te convidó á la boda.

ISIDORO. Conque, según veo, ¿no le ha dado usted mi recado á la señorita Estela?

ESTELA. ¿Qué recado?

ISIDORO. Que soy uno de los pretendientes.

ESTELA. ¿De veras?

ISIDORO. ¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted cómo no lo sabía? ¡Y quiere que se decida! Señorita Estela, siga usted su inclinación; no se deje sacrificar, que aquí estoy yo.

GERVASIO. Mi hija será libre en su elección; es cuanto puedo prometerte (A Estela.) Vamos á disponerlo todo á casa de Enrique.

ESCENA V

ISIDORO

Eso es: «mi hija será libre en su elección,» ¡y se la lleva al olor de los cincuenta mil francos! La sacrifica, no hay que darle vueltas, porque á igual precio yo sería el preferido. Por vida... del miedo de mi padre. ¡Calle! ¿Quién viene aquí? ¿Qué hombre es ese? No parece del país.

ESCENA VI

ISIDORO, ROBERTO

ISIDORO. (¡Cómo lo mira todo! No parece sino que nunca ha visto casas.)

ROBERTO. Camarada, ¿eres tú del pueblo?

ISIDORO. (¡Calle, y me tutea!) Sí señor, soy hijo nativo. Pero me parece que el señor no es del país.

ROBERTO. Yo, no. Yo no tengo país. Soy marino, y paso siempre mi vida en el buque.

ISIDORO. ¡Ah, es un marino! Sí, sí. En la política se le conoce.

ROBERTO. ¿El Sr. Gervasio, un antiguo notario de Honfleur, no vino hace cinco años á establecerse en este pueblo?

ISIDORO. Sí señor.

ROBERTO. ¿Y Estela, su hija, vive todavía?

ISIDORO. Sí señor, y es siempre la muchacha más linda del país. Vaya. Pues veo que conoce usted mucha gente del pueblo.

ROBERTO. Sí. En otro tiempo oí hablar de ella y de su padre.

ISIDORO. Vea usted, esa es su casa. ¡Oh, ya está muy variada, sobre todo desde que plantaron delante de ella ese jardincillo! Y se han hecho mil mejoras en el lugar. El alcalde ha hecho componer el camino real, y ya no se vuelca allí, á no ser en el invierno. (Viendo á Roberto fijo en la casa de Enrique.) ¡Calle, no me oye! ¡Pues me gusta! Señor marino, esa gran casa de enfrente, que usted mira tanto, es del Sr. Enrique Larrós, que la hizo reparar y componer después de la muerte de su padre.

ROBERTO. ¡Qué oigo! ¡Ha muerto!

ISIDORO. Sí señor, en esa casa. (Roberto se quita el sombrero con respeto y se enjuga los ojos.) Murió de las pesadumbres que le dió su hijo mayor, Roberto el diablo, como le llamaban aquí.

ROBERTO. ¿Tú le conociste?

ISIDORO. Sí señor, es decir, yo tenía entonces diez años, y ahora voy á cumplir diez y ocho; pero me parece que le estoy viendo. ¡Qué cara! ¡Qué ojos! Flaquito, más flaquito que yo. ¡Y si usted supiera lo que contaban de él! No mientras vivía, porque entonces nadie se hubiera atrevido; pero después que murió.

ROBERTO. Ha muerto, ¿eh?

ISIDORO. Sí señor; lo mataron en una quimera que armó en una taberna; y fué mejor para él, porque su padre lo había desheredado.

ROBERTO. ¡Desheredado! ¿Estás seguro?

ISIDORO. El Sr. Gervasio, que tiene el testamento, me lo ha dicho mil veces. Todos los bienes del padre han pasado á Enrique, el hijo menor.

ROBERTO. Tanto mejor. El los merecía. ¡Qué sea rico, que sea feliz es todo lo que deseo! (Con ternura.)

ISIDORO. ¿Es amigo de usted?

ROBERTO. (Conteniéndose.) Mío..., no, no...; pero dime: una vez que tú conoces á todos los del pueblo, ¿qué es de Pedro Durand, un arrendador?

ISIDORO. ¡Pedro Durand! ¿También le conocía usted? ¡Calle!, pues si...

ROBERTO. ¿Por qué te asombras?

ISIDORO. Pues si yo soy su hijo Isidoro Durand.

ROBERTO. (Dándole en el hombro.) Te doy la enhorabuena. Eres hijo de un hombre muy de bien, muy guapo.

ISIDORO. Hombre de bien, sí señor; pero en cuanto á guapo..., eso es otra cosa. Es decir, él no tuvo más que un encuentro en su vida; pero... se portó. Le dieron un susto que le costó buen dinero. Para mí ha sido el mal, que eso menos he tomado en la herencia.

ROBERTO. Pues qué, ¿también ha muerto?

ISIDORO. Esta Pascua hará dos años.

ROBERTO. ¡Qué desgraciado soy!

ISIDORO. No tanto como yo, porque, en fin, si yo hubiera recogido la herencia de mi padre... toda, como ella era, ahora me casaría con la que amo. Pero no me quieren porque no tengo más que treinta mil francos.

ROBERTO. ¿De veras? ¿Y cuánto te falta?

ISIDORO. Toma. Si quieren que el novio tenga por lo menos cincuenta mil francos. Conque me faltan veinte mil.

ROBERTO. (Sacando y dándole una cartera.) Toma; ahí los tienes.

ISIDORO. ¡Cómo, señor! ¡Sin conocerme..., me presta usted una suma tan!..
 ROBERTO. No te la presto; es tuya.
 ISIDORO. (¡Cosa más rara! ¡Hace un favor y parece que riñe!) (Abre la cartera.) ¿Conque quiere usted que me quede con todos estos billetes?
 ROBERTO. Sí, tómalos; pero vuélveme la cartera.
 ISIDORO. ¡Ah! ¿La tiene usted en estima?
 ROBERTO. Sí.
 ISIDORO. ¡Pues hombre, una cartera vieja, colorada, toda desquebrajada y desteñida!.. Parece que le ha caído agua.
 ROBERTO. (Enjugándose los ojos.) ¡Sí, mucha! Vaya, ya puedes ir á casarte con la que amas.
 ISIDORO. Es decir, haré lo posible, porque aun me falta despedir un rival. Pero como el Sr. Gervasio es apegadillo al dinero, y su hija me estima..
 ROBERTO. ¡Cómo! ¿Es Estela la que va á casarse? ¡A casarse con otro!..
 ISIDORO. Sí, señor.
 ROBERTO. Sea quien fuere, esa boda no se hará. Tranquilízate, amigo. Yo, yo mismo me encargo de romperla.
 ISIDORO. ¡Será posible! ¡Dios mío, qué me pasa! ¡Hombre extraordinario! Me da dinero, despide á mi rival, me casa, y todo esto sin conocerme!
 ROBERTO. ¿Quién viene allí?
 ISIDORO. Es el señor Gervasio.
 ROBERTO. Bien, déjame con él; ve á esperarme cerca de aquí, á la entrada del pueblo.
 ISIDORO. Allí estaré clavado. (A Gervasio.) Sr. Gervasio, aquí hay un forastero que pregunta por usted. Arréglese con él, que paga bien.

ESCENA VII

GERVASIO, ROBERTO

GERVASIO. ¿El señor viene sin duda á tratar de la hacienda de Villanueva?
 ROBERTO. ¿Qué hacienda?
 GERVASIO. Una quinta que se vende en estas cercanías, que reditúa unos cinco á seis mil francos.
 ROBERTO. ¿Se vende? Bien; ya hablaremos de eso, porque por el pronto creo que tiene usted otras atenciones. ¿Dicen que casa usted á su hija?
 GERVASIO. Ya veo que ha hablado usted con Isidoro.
 ROBERTO. ¿Conque es verdad?
 GERVASIO. Sí, señor.
 ROBERTO. Lo siento; pero esa boda no puede verificarse.
 GERVASIO. ¿Pues quién se opone?
 ROBERTO. Quien tiene derecho para ello; y usted verá cómo su mismo yerno renuncia á sus pretensiones cuando sepa..
 GERVASIO. Sepa usted, caballero, que Enrique Larrós es un hombre de bien, que no teme á nadie, que no debe nada á nadie.
 ROBERTO. (¡Cielos!) ¡Es Enrique!

GERVASIO. Pues, sí señor, y ese es el que se casa con mi hija. El partido más ventajoso del país. ¿Pero parece que esta noticia le entristece á usted?
 ROBERTO. ¡A mí! No; yo venía en busca suya: Enrique es mi deudor.
 GERVASIO. ¿Qué dice usted?
 ROBERTO. ¿No tiene usted en su poder los papeles de la familia?
 GERVASIO. Sí, señor; y aquí mismo he de tener algunos, porque me los eché en el bolsillo para extender el contrato. Pero no he visto ni en los títulos, ni en el testamento del Sr. Larrós, padre, que se trate de deudas con nadie.
 ROBERTO. (Conmovido.) (Lo veo; me olvidaron; ninguno de ellos se acordó de mí; pero pronto haré valer mis derechos.) Tengo que pedir á usted una gracia: ¿no podría por un instante ver el testamento del Sr. Larrós?
 GERVASIO. (Revisando unos papeles.) Justamente tengo aquí una copia, y por mi empleo no la puedo rehusar: la minuta está en mi despacho; puede usted pasar á verla cuando guste. Pero..., permítame usted que se lo diga: si tiene usted créditos contra Enrique por títulos que ignoro, no concibo cómo un hombre rico y generoso, como usted parece, pueda querer destruir la felicidad del hombre más honrado que existe.
 ROBERTO. Bien, amigo; ya sé yo lo que debo hacer. Al instante voy á su casa de usted á firmar este documento. (Gervasio entra en su casa.)

ESCENA VIII

ROBERTO

¡Conque esta suerte cruel me ha de perseguir por todas partes! Aun aquí mismo viene á despertar mi indignación, y me obliga á hacer su desgracia! ¿Y por qué los he de perdonar? Todos me han vendido. (Mostrando el testamento.) ¡Se enriquecen con mis despojos! ¡Se gozan en mi muerte! Ni uno solo levanta la voz para defenderme! Este corazón había nacido para la amistad. ¡Han querido que sea malo, que sea ingrato! Pues bien, lo seré; me vengaré (Va á abrir el testamento.) ¿Quién viene?

ESCENA IX

ROBERTO, ISIDORO

ISIDORO. Aquí estoy yo, señor marino.
 ROBERTO. ¿Qué traes?
 ISIDORO. Vengo sin licencia de usted, pero es á darle las gracias. Bien lo decía yo. ¡Qué, si cuando usted promete una cosa no tarda mucho en cumplirse! Usted me dijo que despediría á mi rival; pues ya está hecho: está arruinado, ó le falta poco.
 ROBERTO. ¿Qué dices? ¡Enrique!..
 ISIDORO. ¡Calle, ya sabe su nombre! Pues bien: sí, señor: Enrique tenía relaciones

de comercio con un negociante del pueblo, el cual le ha hecho perder más de la mitad de sus bienes en una especulación que llaman. ., una quiebra.

ROBERTO. ¡Será posible!

ISIDORO. No tenga usted duda. Un muchacho del pueblo, amigo mío, me lo acaba de contar. Todavía no es público; pero ya lo sé yo, y no tardará en saberse.

ROBERTO. Yo te lo prohibo.

ISIDORO. ¡Cómo! Al contrario, es preciso decírselo á todo el mundo; su caudal se disminuye, el mío se aumenta, y yo me la llevo.

ROBERTO. No importa: te mando que calles.

ISIDORO. Está bien, señor marino.

ROBERTO. Y que no le des á Enrique esa noticia hasta que yo te lo permita.

ISIDORO. Está bien, señor marino; pero ¿y si entretanto se casa con la señorita Estela?

ROBERTO. Eso no te importa.

ISIDORO. Como usted guste, señor marino. Con todo, yo creí que me importaba, es decir, por lo que toca...

ROBERTO. Obedece y vete.

ISIDORO. Ya me voy.

ROBERTO. Oye.

ISIDORO. ¿Mande usted?

ROBERTO. Para que no lo vayas á charlar por el pueblo, ve á esperarme al puerto.

ISIDORO. Está bien, señor marino. (No se puede hacer bien de un modo más malo.)
(Vase por el foro.)

ESCENA X

ROBERTO

¡Es posible que mi sola presencia lleve consigo la ruina y la desgracia! Apenas he formado proyectos de venganza, cuando el mismo cielo parece que se encarga de ejecutarlos. ¡Pobre Enrique! ¡Yo le compadezco! ¡A Enrique, que me roba lo que más amo! Vaya, leamos el testamento: su lectura acabará de encender mi cólera. (Recorriéndolo.) Sí, todos sus bienes, todo cuanto posee se lo deja á mi hermano. (Leyendo.) «En cuanto á mi otro hijo, si es que tengo todavía otro hijo, durante su juventud fundaba yo en él mis mayores esperanzas. Si la desgracia, á falta de arrepentimiento, lo vuelve algún día al seno de su familia; si se digna informarse de la última voluntad de su padre, sabrá que el dolor emponzoñó los últimos días de mi vida, porque nada de su culpable conducta, nada ignoraba.» (Interrumpiéndose.) ¡Oh Dios, todo lo sabía! (Continúa.) «Por la buena fama de mi nombre, hasta ahora sin tacha, por la sociedad, cuyas leyes todas ha violado, debo castigarle según sus faltas, y mi maldición será su única herencia.» (Interrumpiéndose.) ¡A la hora de la muerte me maldijo mi padre! ¡Ah! Esto basta para explicar todas mis desgracias! La maldición de mi padre me perseguía. Acabemos. (Lee.) «Gervasio, amigo mío, á usted confío este testamento, que permanecerá en su poder como un monumento de las faltas de mi hijo y de su castigo. Pero si algún día el remordimiento se apodera de su corazón; si

algún día, que no es posible, llega á reparar sus yerros, entonces le mando á usted que lo rompa. Sí, Roberto mío, sí; mi desgraciado hijo, todavía mis brazos están abiertos para ti. Ven, amigo mío; yo no quiero más juez que tu conciencia misma. Ven á romper esta sentencia, que firmo con lágrimas; nueva tan consoladora subirá hasta mí, y el perdón de tu padre bajará del cielo sobre tu cabeza.» No puedo más. Los sollozos me ahogan. ¿Quién viene? Es Estela. Es mi hermano. ¡Ah! Ocultémonos á su vista. (Se oculta en el bosquecillo que hay junto á la casa de Gervasio.)

ESCENA XI

ROBERTO, oculto. ESTELA, ENRIQUE

ENRIQUE. Todos los parientes están ya reunidos en casa para firmar el contrato; pero usted quiere hablarme...

ESTELA. Sí, mejor estamos aquí.

ROBERTO. (¡Ella es! Esa voz que no oigo hace tanto tiempo...)

ENRIQUE. Pues Estela, ¿qué tiene usted que decirme? ¡Qué tristeza! ¿Me habrá engañado el Sr. Gervasio cuando acaba de decirme que consentía usted en esta boda?

ESTELA. No; él ha dicho la verdad. Yo conozco todas las virtudes que lo adornan á usted, y me envanecería de ser su esposa; pero dígame usted, y juzgue después. Roberto, su hermano de usted, partió de aquí hace ocho años, y entonces... Oiga usted un secreto, que ni aun mi padre sabe; entonces yo le amaba.

ENRIQUE. ¡Cielos!

ESTELA. No desconozco sus faltas y sus extravíos, nada; pero si usted supiera el motivo que lo alejó de aquí, le conservaría también ese corazón generoso la amistad que le conserva el mío.

ENRIQUE. ¡Qué dice usted!

ESTELA. La mañana después del día en que su fatal imprudencia estuvo para costarle á usted la vida...

ENRIQUE. ¡Cómo! ¿Usted sabe?..

ESTELA. Sí. Él me lo decía todo: yo era su confidenta, su única amiga. Aquella mañana le veo entrar en mi cuarto... «Separémonos, me dice: la fatalidad me persigue, yo no puedo reparar mis crímenes sino cometiendo otros nuevos.» Roberto, le dije yo, ¿adónde te vas? «A sentar plaza por mi hermano, á morir; pero á morir como honrado, aunque ni eso merezco.» Me hizo que le prometiera no revelar á nadie este sacrificio; pero revelándoselo á usted, Enrique, no creo vender el secreto. A su partida le dí, como prenda de amistad, aquella cruz de oro que me dejó mi madre. «Estela, me dijo, soy indigno de ti, lo sé; tú no puedes ya ser mía; pero júrame al menos que no te unirás á otro hasta que recibas pruebas de que yo no existo.» Yo se lo juré y partió. Desde entonces no le hemos vuelto á ver.

ENRIQUE. ¡Ah, demasiado cierto es!

ESTELA. Yo ignoro si él ha terminado sus días; pero pronuncie usted mismo: ¿estoy ya dispensada de mi juramento?